



CAPITULO VIII

(1816)

Estado abatido de los rebeldes á principios de 1816.—Brillante expedición del coronel Armijo sobre la Sierra Madre.—Otra del teniente coronel Güitán.—Varias acciones gloriosas á las armas del Rey.—Rendición de gran número de facciosos acogiéndose al indulto.—Entrada en Méjico del nuevo virrey D. Juan Ruiz de Apodaca.—Estado de los negocios cuando tomó el mando este benemérito general.—Nuevos esfuerzos de las tropas del Rey para completar la pacificación.—Progresos de la opinión á favor de la justa causa.—Desaliento de los campeones revolucionarios á consecuencia de sus repetidos contrastes, y su activa presentación á las autoridades realistas.

En todos tiempos había sido la aspereza de la Sierra Madre el asilo de los malhechores y de los enemigos del gobierno; después de las grandes derrotas que habían sufrido por las tropas del Rey, sólo entre aquellos riscos y quebradas podían hallarse libres de la persecución y del exterminio; pero como estos montes son tan dilatados, impenetrables por algunos puntos y faltos de población y de medios de subsistencias en los más, no es extraño que se pasease todavía por algún tiempo el genio de la revolución por aquellas profundas barrancas y empinados cerros.

Las valientes tropas realistas, que creían no haber hecho nada cuando les faltaba algo que hacer, y que abo-

recian el descanso mientras que hubiera enemigos que combatir en el territorio de su demarcación, siguieron su activa carrera por diferentes direcciones.

El bizarro Armijo dispuso con este fin hacer una penosa correría desde Tecpan, Teololoapan y Petatlan, destruyendo toda clase de recursos y concluyendo su expedición en el río de Mexcala, al frente de Acatlan, sobre Cerro Prieto, en donde el cura Herrera y el cabecilla Agüero habían construído fortines desde que se hubo aproximado Morelos á dichos puntos con objeto de obrar en combinación con las gavillas del rumbo de Tlapa.

Distribuyendo en siete secciones los 430 hombres de que se componía su división, y oficiando al mismo tiempo al coronel Villasana y al teniente coronel Pinoaga, para que ocupando el primero los pasos del río de Acatlan y el segundo los del Real del Limón, impidiesen la fuga de los rebeldes de Cerro Prieto, habían emprendido su marcha á mediados del anterior mes de Diciembre para Chichihualco, y siguió haciendo exploraciones sobre el terreno con muy pocos adelantos hasta el 5 de Enero del presente año, en que aproximándose al citado Cerro Prieto encontró 300 facciosos que lo guarnecían.

Apenas vieron éstos acercarse las tropas de Armijo abandonaron aquella posición, perdiendo alguna gente á manos de una descubierta de realistas que tuvo la felicidad de alcanzarlos. Al subir á la cima el jefe de la columna la halló coronada con más de trescientas casas de paja, con su comandancia, herrería, maestranza, fábricas de armas y otras oficinas. Fué inmediatamente destruída aquella fragua de la insurrección, y los varios destacamentos diseminados por aquel territorio se dedicaron á la persecución de los prófugos, con resultados felices, aunque parciales.

Con estos movimientos tan bien concertados se logró desembarazar de gavillas el extenso terreno de cerca de cincuenta leguas de ásperas montañas desde Coyuca, sobre la costa del Sur, Tetillas y Tlacotepec, hasta Acatlan,

á las orillas del río Mexcala, y treinta y tres al Poniente de este punto; se logró asimismo destruir el citado establecimiento de Cerro Prieto, que tenía aterrados á todos los habitantes pacíficos de los pueblos de aquella línea; privar á los rebeldes de los recursos de subsistencia; matarles alguna gente, hacerles 30 prisioneros, tomarles varios cajones de municiones y armas de fuego, 14 mulas y 200 cargas de maiz; y se obtuvo igualmente el feliz resultado de inspirar confianza á una multitud de familias emigradas y errantes para que regresaran á sus hogares.

Se habían fortificado otras gavillas de insurgentes en la escabrosa posición de Tascalantongo, desde donde desafiaban todo el poder de las tropas realistas que se hallaban en aquellas inmediaciones. Era, pues, necesario destruir aquel baluarte de su insolencia: esta importante comisión fué conferida al teniente coronel D. Alejandro Alvarez de Güitán. Aunque la columna de este jefe se componía de solos 148 hombres, y la del enemigo ascendía á 400, no se paró un momento en las graves dificultades que se oponían al logro de sus deseos.

Midiendo en su vez la multiplicidad de los obstáculos por la extensión de los recursos de su ingenio y de su valor, se arrojó á aquella atrevida empresa, que habría desalentado á cualquiera otro que no hubiera poseído un grado tan sublime de firmeza y decisión. Su primitivo plan había sido el de obrar en combinación con los comandantes de Tulancingo y Tuxpan; mas como tardase á recibir avisos sobre los movimientos de estas columnas, á causa de la interceptación de correos, se decidió á dar el golpe por sí solo.

Amaneció el día 3 de Enero, que había de ofrecer al reino de México un digno modelo de valentía y empeño; habiendo emprendido su marcha el citado Güitán, se desembarazó de algunas emboscadas enemigas, y se situó á tiro de fusil de la referidas fortificaciones.

Rómperse un vivísimo fuego por ambas partes; el enemigo dirige sus balas sin tropiezo, al paso que las de los

realistas van á perderse en los parapetos; comprometido ya el jefe en aquella refriega, llega á dudar de la victoria; pero disponiéndole que un destacamento de 50 hombres trepe por un peñasco tenido por inaccesible, desde cuyo punto podía hacerse una acertada puntería sobre los defensores de Tascalantongo, se acobardaron éstos de tal modo, que ya no pensaron más que en salvarse con la fuga.

Fué, en su consecuencia, ocupado muy pronto dicho punto, que por falta de competente guarnición hubo de abandonarlo el vencedor, después de haber destruido todos sus parapetos, que tenían 368 varas de longitud y una y media de espesor. Esta brillante jornada, en la que los realistas pelearon algún tiempo á pecho descubierto, les costó la pérdida de 13 muertos y 27 heridos, muy inferior á la de los rebeldes, que se dejaron 48 cadáveres tendidos en el campo y 17 prisioneros, que expiaron sucesivamente en un suplicio sus horrendos crímenes.

El capitán D. José Brilanti atacó con su columna por la parte de Zacatecas, en la cañada llamada Ojo del Agua, al cabecilla Moreno, que con 200 hombres escogidos defendía sus posiciones con un terco y desesperado valor. Los realistas estaban muy distantes de desistir de su glorioso empeño á pesar de los mortíferos golpes recibidos en sus primeras cargas del ciego valor de unos malvados, cuyo despechado compromiso les ponía en la precisión de vender caras sus vidas; mas en esta ocasión tuvo más fuerza la prudencia de parte del jefe, que ordenó la retirada, hallando en estos valientes tanta sumisión en la disciplina como fiereza en los combates.

Cuando rehecho Brilanti y reforzado con algunas tropas del brigadier Negrete quiso volver á la pelea á los dos días, ya los facciosos habían abandonado precipitadamente sus fortificaciones, y en ellas un cañón, algunos fusiles, dos costales de pólvora y otros efectos. Esta expedición, si bien no fué coronada de un triunfo completo, sirvió á lo menos de terrible escarmiento á los rebeldes,

que tuvieron 100 hombres puestos fuera de combate, sin más quebranto por parte de los realistas que el de cuatro muertos, 20 heridos y varios contusos.

El comandante de Huejucar, dependencia de Zacatecas, D. Manuel Iriarte, tuvo ocasión de desplegar su bravura y de presenciar la de sus tropas, que escasamente llegaban á cien hombres, incluso las milicias urbanas y los paisanos armados, resistiendo gloriosamente los impetuosos ataques que dieron contra el citado pueblo 700 facciosos capitaneados por Hermosillo, Magdaleno, Moreno, Valentín y otros cabecillas.

Llamada la atención de Iriarte por diversos puntos á un mismo tiempo, no era posible cubrirlos todos con la corta fuerza que tenía á su disposición. Prevalido el enemigo de esta ventaja llegó á saquear é incendiar la mayor parte de la población; mas no pudo penetrar por el fortín del Refugio ni por la iglesia, á cuyos puntos habían tenido que replegarse los realistas para salvarse del furor de la muchedumbre; pagó ésta, sin embargo, muy caro su momentáneo triunfo, pues que perdiendo 60 muertos, entre ellos al coronel Valentín, y mayor número de heridos sin lograr su principal intento, que era de hacer prisionera aquella guarnición, hubo de abandonar el campo con tanta mengua como irritación.

Los valientes defensores cantaron la victoria en medio de las humeantes ruinas de un pueblo tan decidido por la causa del Rey, y no bien enjutas todavía las lágrimas que la gratitud, el aprecio y el respeto que siempre infunden los guerreros esforzados habían hecho derramar por 24 de éstos, que con una inimitable decisión se habían abierto las puertas de la gloria.

No es menos recomendable la brillante expedición del coronel Armijo, principiada ya en Octubre del año anterior, y terminada á principios de éste con un reñido combate, sostenido en la cumbre de un cerro de la sierra del Camarón contra 600 rebeldes bien armados y resueltos á defender á toda costa sus ventajosas posiciones.

Aunque sólo contaba Armijo con 160 soldados, era tal el aliento que infundía á éstos la sola presencia de un jefe que tantas veces los había conducido á la victoria, que no titubearon un momento en lanzarse á la pelea; y aunque los esfuerzos de la resistencia fueron superiores á sus esperanzas, sirvieron tan sólo para aumentar el mérito del vencimiento.

Corrió la sangre de ambos lados como efecto consiguiente de un choque tan reñido, en que las respectivas posiciones caían alternativamente en poder de unos y otros; pero se dió finalmente la señal del triunfo al ver desistir á los facciosos de su encarnizado empeño.

Entre los sucesos más notables ocurridos en el mes de Febrero deben ocupar un lugar en la historia los progresos que hizo en la opinión una sección volante que el comandante de la división de Tula, D. Cristóbal Ordóñez, había enviado á las órdenes del capitán D. Francisco Manuel Hidalgo contra los insurgentes de la sierra de Monte Alto. Habiendo llegado á sorprender á la mujer é hijos del coronel faccioso Epitacio Sánchez, logró por este medio desarmar el brazo de aquel terrible enemigo.

Era éste por cierto de los más peligrosos por sus grandes relaciones en el país, por su práctico conocimiento de todo aquel territorio, por su fuerza descomunal, y por un arrojo tan extraordinario, que por estas relevantes prendas había llegado á adquirir la mayor celebridad entre los mismos disidentes. Convenido con el referido Hidalgo en el modo de acogerse al indulto, y de inspirar igual resolución á sus compañeros, estaba trabajando en la ejecución de tan noble proyecto, cuando la perversidad del doctor Magos se empleó en hacer los posibles esfuerzos para frustrarlo.

Su venenosa seducción obró efectos parciales; mas no consiguió paralizar los impulsos de aquel arrepentido insurgente; pues que á los seis días de su conferencia volvió á presentarse al jefe realista con un capitán y 13 soldados. Este triunfo, aunque insignificante al parecer,

produjo, sin embargo, las mayores ventajas á la causa del Rey. El influjo de un caudillo tan acreditado desalentó á no pocos de sus antiguos camaradas que perseveraban en su obstinación, de los que fué aquél su azote exterminador en varios encuentros, en que se condujo con una acendrada lealtad, que competía con su acostumbrado valor.

El teniente coronel D. Félix La Madrid con solos 60 infantes y 80 caballos ganó los más ilustres triunfos en la cañada llamada de los Naranjos, que se halla en el camino de Oajaca á Puebla, recibiendo impávidamente nueve ataques consecutivos que le dieron los insurgentes mandados por el famoso cabecilla Terán, con el objeto de apoderarse del rico convoy que escoltaba de 1.400 mulas. A pesar de un empeño tan terco y porfiado, fueron constantemente rechazadas aquellas gavillas, las que hubieron de abandonar finalmente el campo cubierto con 60 muertos, 3 prisioneros, varias armas de chispa y corte, monturas y caballos.

El coronel D. Agustín de Itúrbide tuvo á este tiempo una favorable ocasión de dar nuevos timbres á su fama. Se habían reunido todas las gavillas que existían en la línea de Lagos hasta Querétaro y todo el Sur de estas jurisdicciones, con más las de Tapia y Rincón, y cuantas había en la provincia de Valladolid desde Pátzcuaro inclusive por Zacapo, Parindicuaro y Angamacutiro hasta Puruandiro, bajo diferentes cabecillas presididos por el corifeo principal P. Torres.

Su número no bajaba de 1.400 hombres, la mayor parte acostumbrados á los más reñidos combates. Itúrbide contaba apenas con 8 artilleros, 200 infantes y 370 caballos; pero había sabido sujetar más de una vez á la misma fortuna y no tuvo por lo tanto el menor reparo en lanzarse contra aquella formidable reunión de gente desalmada y feroz, seguro de que la mejor disciplina de sus tropas había de compensar la desventaja del número.

Los facciosos por su parte, sumamente enreñidos de su

preciado valor, habían tratado de aprovecharse de la separación accidental, por asuntos del servicio, de una parte de la división de dicho Itúrbide, y especialmente de la columna del valiente Orrantía, que se hallaba ocupada en la conducción del convoy de San Luis de Potosí, y por este medio no dudaban del triunfo, sin calcular que la decisión de sus contrarios, cualquiera que fuera su fuerza, se lo había de disputar con el mayor empeño.

Apenas había salido dicha división de Itúrbide del valle de Santiago, cuando fué sorprendida una de sus guerrillas por el grueso del ejército enemigo. Sin que se notase la menor alteración en el ánimo impávido del jefe realista, dispuso prontamente el ataque dividiendo su fuerza en varias secciones al mando de Monsalve, Pacheco, Reguera y Beistegui.

Ejecutado felizmente el movimiento general, aun antes de hacerse de día, se rompió un vivo fuego, que se extendió con igual furia por toda la línea, y en menos de ocho minutos fué decidida la acción, quedando arrolladas aquellas gavillas, puestas en dispersión y perseguidas algunas por el espacio de tres leguas.

Más de 100 facciosos muertos, entre ellos varios cabecillas de alta graduación, 37 fusiles, el parque enemigo, algunas armas blancas, un cajón de ornamentos y otros efectos fueron el premio de la constancia y bizarría de los realistas, conseguido con la sola pérdida de 15 hombres puestos fuera de combate.

El capitán D. Cayetano Rivera, correspondiente á la división del brigadier Miyares, sostuvo bizarramente diversos ataques dirigidos por triples fuerzas de los rebeldes á su regreso de la Antigua, á cuyo punto había conducido felizmente un convoy de viveres.

Grande fué la obstinación de los facciosos para obstruirle el paso, pero todos sus esfuerzos se estrellaron en los firmes pechos de aquella columna. Cuarenta muertos y 80 heridos que componían la tercera parte de la gavilla fueron el resultado de su temeridad.

El cabecilla Guerrero, ese fiero mulato que llegó por fin á tomar en su mano las riendas del gobierno mexicano, recibió un terrible golpe por la parte de Tulancingo del comandante D. Francisco de las Piedras, quien humilló por este medio la insolencia de quien pocos días antes había desechado con desprecio el indulto que le fuera ofrecido.

Entre las acciones de alguna importancia dadas en el mes de Marzo, debe hacerse mención de la que sostuvo el coronel D. Francisco Hevia en la barranca de Apasco, sobre el rumbo del Sur, contra 500 rebeldes de á caballo. Atacados vigorosamente por la infantería realista fueron desalojados de aquel punto, y llegando en su auxilio el resto de la columna los persiguió hasta otra barranca, llamada de Ixtlahuaca, por la que se arrojaron, perdiendo muchos muertos, 5 prisioneros, entre ellos el insigne cabecilla Mateo Colín, varias armas de fuego y 90 caballos, sin la menor desgracia por parte de las tropas del Rey.

A los muchos rasgos de ferocidad y barbarie de que están llenas las páginas de la historia mexicana, debe añadirse el cruel destrozo que hizo el cabecilla González hacia este tiempo en el pueblo indio de Huichilac, distante tres leguas de Cuernavaca, degollando sin distinción de sexos ni edades á todos aquellos habitantes indefensos que pudieron haber á las manos, y que no bajaron de ciento. Se estremece el alma al referir unos ultrajes tan irritantes á la moral y á la religión; pero aquellos empedernidos corazones parece se recreaban con arrancar las palpitantes entrañas de las víctimas que habían destinado á saciar su natural sevicia.

Es asimismo digno de especial recuerdo el empeñado choque que sostuvo á diez leguas de Tecpan el teniente D. José Navarrete con su destacamento de 100 hombres contra 700 insurgentes mandados por los cabecillas Montes de Oca, Juan Galeana y otros; irritados éstos al ver una resistencia tan desesperada, se valieron del ardid de

arrojar combustible sobre las casas de Palma, alrededor de las cuales habían formado los realistas sus trincheras; mas ni el incendio que los devoraba, ni el horroroso tiroteo que se había aumentado para acabar de introducir el espanto en aquel puñado de valientes, hizo en ellos la menor impresión á pesar de haber recibido dos balazos su digno comandante.

Sería el medio día del 17 de Marzo cuando calmó la fuerza del fuego hasta las cinco de la tarde en que llegó el ayudante mayor del escuadrón del Sur con una partida de 150 hombres de infantería y caballería, habiendo ya de paso dispersado dos numerosas emboscadas que le aguardaban.

Alentados los defensores con este refuerzo hicieron una vigorosa salida que decidió de la acción, recibiendo por premio la precipitada fuga del enemigo después de haber perdido más de 100 hombres, un cañón, tres cajas de guerra, varias armas de fuego, flechas, caballos y mulas, si bien fué costoso el mérito de la victoria por la sensible baja de 9 muertos y de 22 heridos, que sufrió aquella bizarra columna.

Entre las importantes ventajas que tuvo el partido realista en el mes de Abril debe contarse la presentación al indulto de 4.790 facciosos, pertenecientes á la comandancia militar de Tutotepec y de Tulancingo, como resultado del bando publicado en Diciembre anterior; y entre los hechos de armas más gloriosos de esta época deben citarse los golpes dados por el comandante general de los Llanos de Apan, coronel D. Manuel de la Concha, á las gavillas de Osorno, Espinosa, Inclán y Serrano en las inmediaciones de Venta de Cruz y en la hacienda de Santa Inés, pueblo de San Felipe y llanadas de Ometusco, en cuyos últimos encuentros habían recibido ya refuerzos del cabecilla Gómez. La pérdida que tuvieron en estas acciones no bajó de 150 muertos y de un número mayor de heridos, habiendo sido muy corta la de las tropas realistas.

Merece ser recordada asimismo con elogio la fidelidad y bizarría de 150 indios de la sección de Tutotepec, quienes sin más armas que 2.000 jaras y 50 arcos resistieron en los llanos de Temascalillos dos ataques impetuosos de los rebeldes: el primero contra 60 de ellos, del que salieron victoriosos, y el segundo contra más de 300, á cuyo inmenso número hubo de sucumbir su ardiente entusiasmo después de haber dado las más terribles pruebas de su arrojo, de cuya gloria participaron también 20 mujeres que los acompañaban.

El teniente coronel D. Felipe Castañón, que mandaba una de las columnas de la Comandancia militar de Salva-tierra, tuvo un encuentro sumamente feliz en el rancho de las Estacas contra los rebeldes P. Torres, Lucas Flores, Santos Aguirre, Hermosillo, Borja, Villarreal y otros. Como éstos se hallaban á la otra parte del rio grande, fué preciso superar aquel obstáculo con agua hasta los pechos; pero ejecutaron sus tropas esta operación con tanto entusiasmo, que desconcertada aquella chusma se entregó á una fuga desordenada, dejando tendidos en el campo 31 hombres, perdiendo otros muchos en el paso de dicho rio, por donde trataron de substraerse á la persecución de sus contrarios, además de 11 prisioneros, 53 caballos, 14 armas de fuego, porción de lanzas y machetes.

Los coroneles D. José Ruiz y D. Francisco Javier de Llamas, el teniente coronel D. Tomás Peñaranda y todos los oficiales y soldados que componian la columna que había salido de Veracruz escoltando un convoy para Orizaba y Córdoba, compuesto de más de 3.000 mulas, adquirieron un mérito extraordinario con haber salvado todas sus cargas de la rapacidad de los facciosos, que reunidos en gran número habían tomado los principales puntos de Chiquihuite, paso del Macho, puente de Atoyac, y que por todo el camino fueron tiroteando á las tropas realistas, lanzándose á cada momento sobre los flancos de tan numerosa caravana.

La pérdida que éstos sufrieron en muertos y heridos

fué muy inferior á la de los facciosos, quienes vieron estrellarse todas sus esperanzas en la impavidez de los españoles, sin que lo fuerte de sus posiciones y ventajas del terreno hubieran opuesto el menor tropiezo á los que estaban acostumbrados á despreciar todo peligro.

Como correspondientes al mes de Mayo debe hacerse mención de algunos empeños militares que, aunque parciales, dieron mucho lustre á las armas de Castilla: uno de ellos fué el que trabó el teniente coronel D. Vicente Lara, dependiente de la división del coronel D. Pedro Menezo con las gavillas de Vargas, González, Guadarrama, Carrión, Mariño, Roldán y Rojas, reunidas en la hacienda de Agua Amarga, componiendo una fuerza de 500 hombres bien montados, armados y vestidos.

A pesar de la gran desigualdad de fuerzas quedaron vencidos los facciosos, perdiendo más de 40 muertos, mayor número de heridos, muchas armas y caballos. Su dispersión fué tan horrorosa, que el mayor grupo no llegaba á 20 hombres. El capitán de Fernando VII, D. Joaquín Rivaherrera, que se unió á Lara en el cerro de los Ailes, participó del honor del triunfo, al que había contribuido con todo su esfuerzo.

El infatigable coronel Armijo, que se desvivía por restablecer la tranquilidad en el territorio del Sur, confiado á su mando, salió á batir una gavilla de rebeldes que se había atrincherado en el fértil valle de Huamustitlan. Distribuida su fuerza en tres trozos, el primero de los cuales puso bajo la dirección del capitán D. Juan Isidro Marrón; el segundo, bajo la del teniente coronel D. Manuel del Cerro, y confiando el tercero al teniente D. Felipe Gabarrado, se procedió á dar ejecución al plan de ataque concertado con la mayor maestría.

Estrechados los rebeldes por todas partes, y desconfiando de poder resistir al superior ingenio y fortaleza de ánimo de los realistas, se entregaron á la más torpe dispersión, pereciendo casi todos en esta fatal jornada. Cuarenta muertos y 55 prisioneros fueron el fruto de tan bien

combinado movimiento: tan sólo 20 pudieron substraerse á la muerte fugándose desde una eminencia en la que se habían colocado con anticipación; los restantes, hasta el número de 150, que era el total de la gavilla, se desplomaron por aquellas barrancas, en las que hallaron su sepulcro; 500 flecheros enemigos, situados en las cimas de aquellos montes, huyeron precipitadamente tan pronto como vieron la completa victoria de los realistas, cuya derrota esperaban en su vez para caer desordenadamente sobre el campo de batalla.

El capitán D. José María Luvían, comandante militar del distrito de Tutotepec, acreditó nuevamente su bizarría é ingenio en la feliz expedición que dirigió contra las partidas de Barrada, Leiva, Mendoza, Isla, Martínez y Ortiz, que se habían fortificado en el cerro de Tecolotla. A fuerza de marchas y contramarchas emprendidas artificialmente con el objeto de sorprender al enemigo, se presentó á su frente, arrojándose sobre aquellas posiciones por donde menos lo aparentaba: de este modo logró apoderarse del fortín más elevado, matando en él á los cabecillas Mendoza y Trejo, que lo defendían con 15 de sus compañeros escogidos. Todos los demás facciosos que se hallaban por aquellas sierras fueron perseguidos vigorosamente, pereciendo muchos de ellos entre aquellos derrumbaderos y quebradas.

A pesar de una derrota tan completa, tanto más importante cuanto mayor había sido su confianza de que las tropas del Rey nunca llegarían á tomar posesión de aquel cerro, reconocido por el más alto de la sierra, volvieron al día siguiente á obstruir la marcha al bizarro Luvían, apoyándose en las ventajas del terreno; pero la serenidad con que se formó al momento la columna realista, y la no menor prontitud con que se lanzó sobre aquella chusma, la aterró de nuevo y la puso en el mayor desorden y confusión; y, dando caza al mayor trozo, que se dirigía hacia Tlacuilo, llegó oportunamente á aquel pueblo para salvarlo de las extorsiones de las hordas forajidas.

Lejos de desistir éstas de sus criminales intentos, después de tantos y tan continuados desastres, se presentaron de nuevo al día siguiente á hostigar á las tropas del Rey desde los cerros más empinados, y continuaron en su terco empeño, aunque con ninguna clase de ventaja, hasta que Luvían regresó al pueblo de Tutotepec, que lo era el de su residencia militar.

A pesar de los muchos golpes que recibían los rebeldes, parece que renacían de sus mismas cenizas; momentos había en que se creía enteramente sofocada la insurrección, y á los pocos días hormigueaban por todas partes las gavillas; sería demasiado prolija la relación de los infinitos choques parciales que se dieron desde el mes de Junio hasta la entrada del nuevo virrey; apuntaremos, sin embargo, los que pueden empeñar mayormente la atención pública.

El teniente D. Felipe Guillén, dependiente de la quinta división, se apoderó del pueblo de Uruapan, matando 3 insurgentes y haciendo 78 prisioneros. El teniente D. Blas Magaña deshizo, en las inmediaciones de Irapuato, al cabecilla Camilo Lozano y á toda su partida. Don Manuel Ormigo, que salió á una expedición marítima del puerto de Veracruz, rechazó hacia la punta de Bernal los ataques de una goleta enemiga mejor artillada y tripulada, la que sufrió una pérdida considerable.

El capitán D. Luis Correa destruyó á una numerosa gavilla que se hallaba en una de las islas del Mexcala, al mando de Luis Chaves, causándole el terrible quebranto de 343 muertos, cuyo sangriento choque, si bien honroso á las armas del Rey, fué sumamente sensible, por haber sido puestos fuera de combate más de 100 hombres.

El alférez D. José Martínez, con solos 33 soldados de que se componía su partida, destrozó la de 200 facciosos mandados por cinco cabecillas, en el distrito de Yautepec, matándoles más de 30, apoderándose de 40 caballos y de muchas armas de chispa y corte, así como de algunos prisioneros. El teniente coronel D. Felipe Castañón

se apoderó de la isla de Jaricho, en la que los rebeldes habían formado una línea de circunvalación de 2.238 varas de extensión, 3 de altura y otras tantas de espesor, con más 5 fortines en los cinco ángulos que forma el cerro.

El día 24 de Septiembre lo fué de alegría y contento para todo México, por la entrada pública que hizo en la capital el nuevo virrey, teniente general D. Juan Ruiz de Apodaca. Como algunos enemigos de Calleja hubieran representado á la Corte de España contra la severidad y dureza de este jefe, a la que atribuían principalmente la causa de que no hubiera quedado ya destruída la revolución, fué nombrado para este alto destino el citado Apodaca, cuya dulzura de costumbres, afabilidad de porte, y un carácter pacífico y conciliador, de que estaba adornado, daban las más sólidas garantías de que aprisionaría la voluntad de los rebeldes mexicanos con la misma rapidez con que había sabido ganarse la confianza de los habitantes de la isla de Cuba, en la que había logrado restablecer con sus benéficas providencias la calma, que la insurrección de Aponte había hecho desaparecer en 1812.

Es incomprensible cómo después de tantos triunfos conseguidos por las tropas realistas durante el gobierno de los dos anteriores virreyes no se hubiera extinguido totalmente el espíritu de la sedición. El celo, la laboriosidad y los sacrificios empleados por ambos debieran haber producido tan brillante resultado. Resplandece sin embargo su distinguido mérito en haber sabido sostener la autoridad real en los momentos más críticos del ardor revolucionario.

La gloria de la completa pacificación estaba reservada para otro jefe más afortunado; éste llegó á recoger el fruto de la constancia y firmeza de sus antecesores. No es nuestro ánimo rebajar los brillantes servicios del señor Apodaca, ni manifestar que cuando tomó posesión de aquel virreinato no necesitara hacer todavía uso de los esfuerzos de su brazo é ingenio; la misma narración

de los sucesos indicará los tropiezos que hubo de vencer para lograr tan plausible resultado.

Sin embargo de que el país estaba aún infestado de guerrillas, no eran éstas tan formidables como lo habían sido en los tiempos pasados, ni sus caudillos podían igualarse en recursos guerreros á los muchos que habían ya sucumbido al brazo de la justicia. La gran resistencia que hicieron los nuevos campeones fué en las escabrosas sierras, en las que formaron infinidad de fortines, cuya destrucción por sí sola, independientemente de los demás hechos de armas, recomienda altamente los desvelos del jefe superior y los servicios de sus tropas.

Cuando el Sr. Calleja dejó el mando de México era la siguiente la posición de las principales gavillas: En Tehuacan de las Granadas se hallaban los Teranes, en comunicación con los rebeldes de Oajaca; en los llanos de Apan, Osorno y Serrano; en la provincia de México, el padre Izquierdo y el indio Pedro Asensio; en Cóporo, los Rayones; en la provincia de Guanajuato, los Pachones; en la sierra de Jalpa, inmediato á Querétaro, el padre Torres; por el rumbo del Sur guerrero, Zabala y otros, extendiendo sus correrías desde Zacátula hasta Acapulco; en la provincia de Veracruz, Guadalupe Victoria y otras muchas bandas, que de tal modo tenían interceptadas las comunicaciones, que el mismo Apodaca se vió asaltado por ellas al subir á México, y obligado á ponerse á la cabeza de su escolta para abrirse paso con la espada, quedando sumida su familia en el mayor sobresalto y consternación hasta que fueron allanados todos los obstáculos con la oportunidad de sus medidas y con el noble ejemplo de su valor.

ESTADO DE LA FUERZA ARMADA A ESTA SAZÓN

| DEPARTAMENTOS | Nombres de los comandantes. | Número de hombres. |
|---------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------|--------------------|
| <i>División de México</i> | El virrey | 2660 |
| <i>Idem de Apan</i> | Coronel D. Manuel de la Concha | 1510 |
| <i>Sección de Huejutla</i> | Teniente coronel D. Alejandro Alvarez de Guitian. | 151 |
| <i>Ejército del Sur</i> | Brigadier D. Ciriaco de Llanos. | 6699 |
| <i>División de Veracruz</i> ... | Mariscal de campo D. José Dávila | 6482 |
| <i>Tropas de Tabasco</i> | Coronel D. Francisco de Hevia. | 968 |
| <i>Idem de la isla del Carmen</i> | Coronel D. Cosme Ramón de Urquiola..... | 339 |
| <i>División del rumbo de Acapulco</i> | Coronel D. José Gabriel de Armijo | 2651 |
| <i>Sección de Toluca</i> | Teniente coronel D. Nicolás Gutiérrez. | 282 |
| <i>División de Ixtlahuaca</i> | Coronel D. Matías Martín y Aguirre | 787 |
| <i>Idem de Tula</i> | Coronel D. Cristóbal Ordóñez. | 883 |
| <i>Idem de Querétaro</i> | Brigadier D. Ignacio García Rebollo. | 991 |
| <i>Ejército del Norte</i> | Coronel D. Agustín de Iturbide. | 3803 |
| <i>Idem de Reserva</i> | Mariscal de campo D. José de la Cruz | 3363 |
| <i>División de San Luis Potosí</i> . | Brigadier D. Manuel María de Torres | 614 |
| <i>Idem de las provincias internas Orientales</i> | Brigadier D. Joaquín Arredondo. | 3987 |
| <i>Idem de las Occidentales</i> ... | Mariscal de Campo D. Bernardo Bonavia | 279 |
| <i>Antigua California</i> | Capitán D. José Argüello..... | 109 |
| <i>Nueva California</i> | Teniente coronel D. Pablo Vicente Sola..... | 3665 |
| | | 39436 |

La guerra, pues, continuó con bastante actividad, aunque ya había principiado á obrar prodigiosos efectos el

último indulto ofrecido á los rebeldes, muchos de los cuales se habían acogido á él antes de la entrada del nuevo virrey. Empero la favorable opinión que precedió á este digno general, la mayor confianza que inspiró á los disidentes por la sola circunstancia de no tener ofensas personales que vengar en el país, y el acierto con que las columnas ambulantes desempeñaron sus respectivas funciones, hicieron que insensiblemente fuera desapareciendo de aquellas regiones el genio revolucionario, y que á los pocos meses estuviera casi desarmado el brazo aun de los más obstinados, que habían jurado morir defendiendo su ilegítimo empeño.

Varios fueron, sin embargo, los choques que prepararon esta época feliz; y si bien todos ellos importantes, aunque ninguno merezca el nombre de batalla, nos limitaremos á pasar en revista aquellos tan sólo que más pueden empeñar la atención pública.

Como pertenecientes al mes de Octubre deben citarse el ataque que el teniente D. José García, de la división del coronel Orrantía, dió á los cabecillas Gutiérrez, Sánchez Chico, Jesús y Trinidad González, que con 500 hombres habían atacado el tiro de Rayas, nombrado Santa Rosa, en la mina de Santa Anita: la heroica defensa que el capitán D. Lucas del Valle hizo con 50 soldados, de que se componía su partida, en el pueblo de Tancoco, contra una numerosa reunión de 600 rebeldes, capitaneados por el coronel Caraballo, quien fué muerto en aquella refriega con otros muchos de sus compañeros: el combate que dió el teniente coronel D. Juan Francisco Luengas, en Puerto de Nieto, provincia de Querétaro, contra las partidas de Tovar y Vargas, á las que destruyó completamente, matándoles 20 hombres é hiriéndoles un número considerablemente mayor: el choque del capitán D. Higinio Suárez en la hacienda del Cubo, provincia de San Luis de Potosí, contra la partida del rebelde Ribera, quien, sorprendido al amanecer, huyó del modo más vergonzoso, dejando 8 hombres degollados en el acto, 18

prisioneros, 200 remontas y algunas armas: y los golpes que el teniente D. Antonio López Santa Ana dió en San Campus y Cotastla á toda la facción rebelde dirigida por Guadalupe Victoria, Francisco de Paula y otros cabecillas, cuyos resultados fueron la pérdida de unos 100 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, y el escarmiento y la precipitada fuga de aquellos miserables, pervertidos con el venenoso influjo de sus despechados caudillos.

Una de las acciones que más brillaron en el mes de Noviembre fué la destrucción del cabecilla Bravo, en la provincia de Puebla, por el capitán D. José Vicente Robles, á cuya consecuencia quedó libre de enemigos todo el rumbo de Jonacate, Teotlalco y Chautla. El coronel D. José Morán, de la división del brigadier Llano, sostuvo un glorioso combate en las lomas de Santa Maria con solos 300 hombres, contra 1.040 á que ascendían las partidas reunidas de Terán, Osorno, Gómez, Inclán y otros. Un obús, un cañón de á cuatro con todo su parque, 72 prisioneros, 46 muertos, bastantes armas y pertrechos, fueron el fruto de tan brillante jornada, conseguida con la sola pérdida de 4 realistas muertos y 7 heridos.

El coronel Márquez y Donallo desempeñó con el mayor acierto la expedición que el brigadier Llanos confió á su cuidado para que con 1.000 infantes y 220 caballos se apoderase del fuerte de Monte Blanco, situado en lo más áspero de la sierra de Orizaba. Después de haber superado todos los obstáculos del terreno y de una tenaz resistencia, se hallaba ya próximo á dar el asalto cuando los facciosos imploraron el real indulto que este generoso jefe se determinó á concederles, esperando ganar con un acto tan señalado de clemencia otros tantos fieles vasallos del Monarca español. Demolido aquella fortaleza que por tanto tiempo había sido el abrigo de la insurrección, entró el valiente Donallo en la villa de Orizaba, cargado de preciosos trofeos, entre las aclamaciones del pueblo.

Hacia el mismo tiempo se cubría de gloria el teniente coronel D. Saturnino Samaniego en la cañada de los Naranjos, distrito de Izucar y provincia de Puebla. Con solos 110 hombres de que se componía la partida de dicho jefe, fueron completamente derrotadas las numerosas gavillas que defendían aquellas posiciones bajo la dirección de los cabecillas Guerrero y Juan del Carmen. Sesenta rebeldes muertos y porción considerable de armas, pertrechos y caballos coronaron el triunfo de tan bizarra acción.

El capitán D. José María Luvian, comandante de Huauchinango, emprendió una expedición sumamente feliz contra el rebelde Aguilar, recorriendo los pueblos de Ocomantla, Tlascalantongo, Apapantilla, el cerro de la Canoa, la mesa de San Diego, Tihuatlan y Tuxpan, y penetrando por los lugares más ásperos de la serranía, en la que ejercía su devastador influjo aquel malvado con más de 600 hombres de su facción. El resultado de tan penosa marcha, en la que tanto brilló la constancia y decisión de los realistas, fué la pérdida de 51 insurgentes muertos en el campo de batalla, 11 fusilados, siete prisioneros y 100 indultados, sin más quebranto por parte de las tropas del Rey que la de un oficial muerto, cinco soldados heridos y algunos contusos.

El ya citado teniente coronel Samaniego se batió por tercera vez con los rebeldes con gloria nada inferior á la que consiguió en las acciones ya descritas. Habiendo sabido el rebelde Terán que dicho jefe realista se dirigía hacia el pueblo de San Jerónimo, distante cinco leguas de Acatlan, creyó que la superioridad de su partida, que no bajaba de 500 hombres, le haría triunfar de su formidable adversario, á quien deseaba dar un golpe decisivo que lavase la afrenta de sus recientes derrotas.

Salió con esta idea al paraje llamado de la Noria, que dista dos leguas del citado pueblo de Acatlan; preparado Samaniego oportunamente para el combate, hizo avanzar al capitán Zambrano, con una parte de la caballería, á re-

cibir el primer empuje del enemigo: venía éste muy ufano, aparentando una imperturbable serenidad y bizarría; pero nada era capaz de abatir la fortaleza de ánimo de los realistas.

El choque fué sangriento y obstinado; las acertadas maniobras de Samaniego acabaron de fijar la victoria. Puestos los facciosos en la más desordenada fuga, ya no pensaron sino en la conservación de sus miserables vidas á beneficio de la aspereza del terreno; fueron en gran número los fusiles que arrojaron á las profundas barrancas; perdieron asimismo un cañón de á cuatro, que los realistas llevaron á Huajuapán; 40 muertos, entre ellos el segundo de Terán, y 80 heridos completaron aquel cuadro de confusión. Contribuyó no poco á ilustrar tan precioso triunfo la poca pérdida experimentada por los realistas, que fué tan sólo de dos muertos y 12 heridos.

El comandante de Tuxpan, D. Carlos María Llorente, que había salido contra el cabecilla Aguilar, que había tomado nuevamente posición en Poloblanco, consiguió arrojarlo de aquel punto, causándole el mayor quebranto y apoderándose de muchos caballos y mulas, cabezas de ganado vacuno, armas blancas y de fuego, chaquetas nuevas de uniforme y la bandera del supuesto batallón de Papanla. Después de haber reducido á cenizas dicho cantón, con el parque de los rebeldes y otros efectos de penosa conducción, se dirigió á Palogordo, en donde se abrigaban asimismo algunos insurgentes, que huyeron á los montes tan pronto como vieron aproximarse las tropas realistas, sin que éstas pudiesen causarles más daño que el de incendiar aquellas infernales guaridas.

No fué menos feliz el capitán D. José Rincón en la expedición que emprendió desde la Antigua con 300 hombres sobre el punto llamado Boquilla de Piedras, en el que habían construido los insurgentes un fortín, que era el centro de sus correrías por la costa del seno mexicano; después de dos horas y media de un combate encarnizado logró arrojar al enemigo de aquella posición; 40 muer-

tos, 10 prisioneros, cuatro obuses, un cañón de á doce, siete de á seis, dos de cuatro, uno de á uno, 185 fusiles y carabinas, porción considerable de provisiones de guerra y boca y otros pertrechos militares fueron los trofeos con que ennobleció el escudo de sus armas aquel esforzado oficial, sin más pérdida por su parte que la de cinco muertos y 16 heridos.

Los repetidos choques que dieron las tropas del Rey á los insurgentes en la provincia de Guadalajara, si bien les añadian nuevos timbres, así como al general Cruz, que los dirigía con infatigable celo, demostraban, sin embargo, la existencia de un foco revolucionario, que no podía extinguirse por más esfuerzos que se aplicaban para lograr tan feliz resultado, si no se destruía la principal madriguera de los sediciosos, que eran las islas de Mexcala.

Consiguió tan importante triunfo el citado Cruz, estrechando con el más riguroso empeño el sitio de aquellas respetables posiciones, de modo que careciendo sus defensores de viveres y recursos, se rindieron á la intimación que les fué dirigida en 23 de Noviembre, y en su consecuencia tomaron las tropas del Rey posesión de ellas en el día 25, así como de 17 piezas de artillería y de cuantas municiones, armas y pertrechos se hallaban encerrados en aquel recinto de indomable valor y resistencia.

Las columnas que más se señalaron á fines de este año fueron la del teniente D. Santiago Mendoza, dispersando la gavilla de Moreno, que tenía interceptado el camino de Lagos á la Ciénaga; la del comandante D. José Ignacio Ortiz de Rosas y del capitán D. Manuel Campos, que adelantándose hacia el Comedero lograron sorprender al cabecilla Hermosillo, causándole la pérdida de 11 muertos, 18 prisioneros, 31 fusiles, 100 caballos, algunas pistolas, sillas, lanzas, machetes y una carga de municiones; la del teniente coronel D. Luis Quintanar, que se apoderó por capitulación del fuerte de Cuiristarán ó San Miguel, y de 11 cañones, dos obuses, 12.000 tiros de bala y metralla, 6.000 cartuchos de fusil y otras varias provisiones

de guerra y boca; y finalmente la del capitán de frontera D. Luis Correa, que derrotó completamente la gavilla de Rafael Rayón, causándole un horroroso quebranto, y la pérdida de porción considerable de caballos, cajones de parque y equipajes.

Estos brillantes hechos de armas rectificaron notablemente la opinión del país á favor de los reales derechos. Fué desde este momento numerosísima la presentación de facciosos al generoso indulto prolongado por el virrey Apodaca; no fué menor el empeño con que lo solicitaron los rebeldes de las demás provincias: entre éstos, debe hacerse particular mención del cabecilla Vicente Gómez, que rindió asimismo las armas con los 66 hombres de que se componía su partida.

El generoso perdón concedido á un hombre tan perverso, que había empapado repetidas veces sus sacrílegas manos en la inocente sangre de los españoles, haciendo mutilaciones, las más dolorosas é inhumanas, de las que tomó el epíteto por el que es conocido en los anales de aquella bárbara revolución; la religiosidad con que se cumplió la promesa de un total olvido por ofensas tan ultrajantes á la misma naturaleza, fué un nuevo testimonio de la magnanimidad del Gobierno español, y de la seguridad con que podían contar los que se entregaran ciegamente á su disposición.

Este fué el golpe principal que descoyuntó la hidra revolucionaria: el espíritu de reconciliación y fraternidad se propagó rápidamente por todas direcciones, y recorrió aquellos inmensos países con la misma presteza con que se había comunicado anteriormente el pestífero veneno de la sedición. Así, pues, habríamos visto á los pocos meses del año siguiente completamente desarmada la facción desorganizadora, si el aventurero Mina no se hubiera presentado á dar nuevo pábulo á aquel apagado fuego.